

# SECCION CULTURAL

## DIARIO DE BITACORA

( Este artículo por su extensión, saldrá en dos partes )

**Por Armando Pesantes García**  
**Ministro de Relaciones Exteriores**

No podría poner la mano al fuego en plan de fiador de la autenticidad del episodio; pero es tan verosímil que bien puede estimárselo fidedigno sin caer en materia pecable. Amén de que, como la agudeza italiana apunta cuando se trata de salir en auxilio de algún hiperbólico narrador... "se non e vero, e bantrovato": Es el caso de la madre inglesa que preocupada por la decisión de su hijo menor de buscar nuevos horizontes para su vida en el distante Canadá, dirigió a su primogénito, ya canadiense por adopción, un cablegrama concebido en estos o parecidos términos: "Tu hermano embárcase mañana destino Halifax. Fin ayudarlo instalarse ruégote recibirlo, acompañarlo primeros días", y que como respuesta recibió la siguiente: "Sugiérote vayas recibirlo tú misma pues desde Londres quedarás más cerca de él, que va a Halifax, que yo, que vivo en Vancouver".

El desmesurado desplazamiento pretendido por la ingenua inquietud materna, de Oeste a Este, del Pacífico al Atlántico en la parte más ancha del Hemisferio Occidental, cabe producirse en proporciones igualmente exorbitantes en todos los demás rumbos de la rosa de los vientos dentro de ese inmenso paralelograma geográfico que se llama Canadá. Yo mismo acabo de hacerlo, de Sur a Norte, desde Ottawa, jardín habitado y Capital de la Nación, hasta la Bahía de Hudson; desde el paralelo 45 hasta el 75 donde está localizado el Polo Norte Magnético, ultrapasando el Círculo Polar Ártico, y luego desde el Atlántico Norte hasta Alaska y las costas del Océano Glacial Ártico. Esclarezco, desde luego, que no fui a todos esos lugares semirevelados por la literatura, la fotografía y las crónicas, a recibir a nadie. Acudí, sí, en respuesta a una gentil invitación de los Ministerios canadienses de Relaciones Exteriores, de Defensa Nacional y de Asuntos Indígenas y Desarrollo, que en combinación de esfuerzos organizan giras bienales semejantes destinadas a presentar a los jefes de las misiones diplomáticas extranjeras una prueba testimonial de las realidades y realizaciones de este fabuloso país. Es una forma de impacto profundo e indeleble de una entidad política escasamente conocida en sus mejores detalles, que siendo segunda en extensión en la tierra, también está entre las primeras en recursos naturales, civilización, prosperidad, progreso, cultura y vocación por la paz y los derechos ajenos.

El viaje -un periplo de unos 12.000 kilómetros lo realicé en compañía de un grupo que no hubiera estado mal escogido en las ceremonias inaugurales de la Torre de Babel: Djamel Houhou, de Algeria; Abdul Momin, de Bangladesh; Thakin Chan Tun, de Birmania; Lyubomir Zhelyazkov, de Bulgaria; Gabriel Tankoua, de Camerún; Vivian James Wooford Furniss, de Costa Rica; Jaques Adande, de Dahomey; Arne Bogh Andersen, de Dinamarca; Armando Pesantes García, del Ecuador; Seth Anthony, de Ghana; Byron Theodoropoulos, de Grecia; N. S. Selman, de Guyana; Privado Jiménez, de Filipinas; Nabih Noussair, de Libano; Josef Czesak, de Polonia; Bucur Schiopu, de Rumania; Kamtorn Chitkongthai, de Tailandia; Abbas Kleist Sykes, de Tanzania y Simon-Pierre Tshimbalanga, de Zaire. Dirigió la gira L.A.C.O. Hunt, Secretario General del Comité Asesor del Desarrollo Septentrional, asistido por George Anderson del Ministerio de Asuntos Indígenas y por Simon Wade y Roger La Fontaine del Protocolo de Relaciones Exteriores.

El tremendo recorrido de una semana en diferentes tipos de aviones, omnibus y automóviles por regiones apenas adivinadas, nos dejó a todos la sensación de una gran decisión por vencer a la geografía, dominarla y ponerla al servicio del progreso humano con un alarde de técnica que infunde la más sincera admiración. Ni por un momento se produjo la sensación de aventura, a sabiendas de la infinita soledad de esas regiones donde los mejores cálculos dan la menguada cifra de un habitante por cien kilómetros cuadrados: un esmerado y permanente servicio de radio-aéreo navegación acompaña solícito a los navegantes en sus por lo demás muy frecuentadas rutas.

Si todo el Canadá contiene tantos lagos y ríos como para inundar de agua dulce un territorio varias veces superior al de la República del Ecuador, la región visitada -los Territorios del Noroeste y el Territorio del Yukón- acapara casi la cuarta parte del líquido

## DIARIO DE BITACORA

impresiona más que el laberinto inacabable de charcos de todos los tamaños, lagunos ya semi-congelados pese al ser el verano la estación técnicamente imperante. Entre el blancor de las precoces nevadas se destaca la abigarrada coloración verde a toda prueba de las coníferas y la dorada, roja o morada de los demás árboles y arbustos en sus últimos alardes de vida otoñal, antes de desnudarse para un invierno que se burla del calendario, enseñoreándose de esa tierra diez meses al año. Esto, ese aspecto fabuloso, increíblemente bello del otoño canadiense, que diríase salido de la paleta incoherente de algún pintor extravagante, solamente hasta la región sub-ártica, pues más al norte, nada; pero nada de nada, sino suelo blanco resquebrajado que sólo los baquianos pueden decir si es tierra recubierta de hielo o agua congelada.

En el Canadá todas las dimensiones son gigantescas, y a rayas horizontales: Desde la frontera con los Estados Unidos (conocida como la frontera desguarnecida más larga del mundo) que en gran extensión lo es el paralelo 49 y en otro considerable trayecto el curso del río San Lorenzo, hasta el paralelo 60, se sitúan las Provincias Federales: Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan, Manitoba, Ontario, Quebec, Nuevo Brunswick, Nueva Escocia, Isla del Príncipe Eduardo y Terranova. Allí las grandes ciudades: Vancouver, Edmonton, Regina, Winnipeg, Toronto, Ottawa, Quebec, Montreal, Halifax. Allí las famosas Universidades, los magnos complejos industriales, la vida ultramoderna en ebullición. Allí las planicies infinitas, doradas de trigo capaz de alimentar a toda la humanidad. Allí Ottawa, una joya engarzada en un jardín: Quebec, reliquia fascinante que habla en francés; Toronto, jungla imponente de acero; Vancouver, urbanismo, distinción y paisaje incomparable; Montreal, tesoro de buen gusto y de progreso con orientación. Allí las cataratas del Niágara, alarde de la Creación en plan de fanfarronería. Allí los Grandes Lagos, las grandes carreteras, lo grande, lo grande, lo grande... pero todo con sentido humano; todo todavía incontaminado de odios y de crímenes, todo con comedimiento, cordialidad y buenas maneras. Cómo es grande el Canadá, no solamente en todo cuanto se mide por kilómetros, sino en sus dimensiones espirituales.



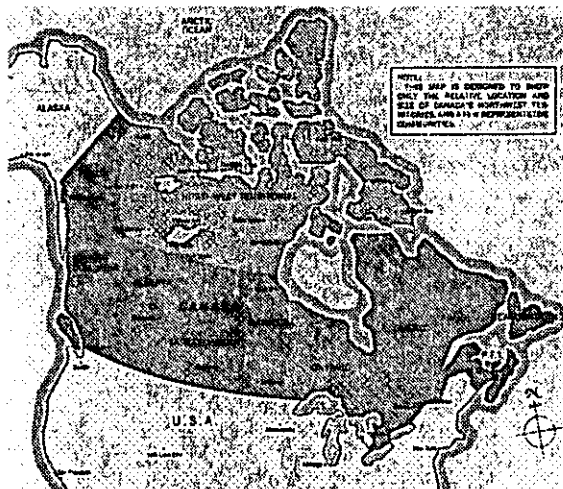
Allende el paralelo 60, los rigores del clima reducen los términos demográficos a cifras mínimas: no más de 36.000 seres humanos ocupan dos millones y cuarto de kilómetros cuadrados. Una imponente cintura de bosques, reserva maderera que se dice inextinguible y capaz de desafiar al talento destructivo del hombre, caracteriza la zona austral de los Territorios, circunscripciones político-administrativas regidas por gobiernos designados por el Gobierno Federal, y no electivos como los de las Provincias.

Pasada la frontera forestal, como se conoce al final abrupto de la zona maderera, rica en especies (pino, abeto, roble, arce) se inicia el temible "permafrost", congelado permanente, costra perpetuamente helada que puede tener desde pocos a cientos de metros de espesor y que el menguado calor solar del verano no consigue derretir. Su vegetación, completamente superficial, consiste de arbustos enclenques y yerba raquílica. Las poblaciones asentadas sobre ella sufren de los caprichos de sus variaciones, no siendo raro ver casas grotescamente inclinadas, semi-hundidas en su blando y resbaladizo basamento. Se desconocen allí los cimientos, y gruesos troncos de árboles hacen la necesaria separación y aereación con respecto al frío suelo. Las ocupaciones blancas son allí preferentemente las administrativas y las exploratorias de riquezas minerales y petrolíferas; las indias y esquimales, las tradicionales de caza, pesca y recolección de pieles.

## DIARIO DE BITACORA

Del permafrost al Norte, la región ártica propiamente dicha es la tundra pelada, cuarteada, azotada por huracanes, cubierta en verano por un exiguo líquen que alimenta a las manadas de caribús. Es el fin del mundo... o el comienzo, si se lo quiere ver así, pero en todo caso, el extremo.

Y es allí, en el extremo noroccidental canadiense, entre las heladas Islas del Alto Artico, donde desde hace dos milenios vive y muere el pueblo de la luz total y de la obscuridad total. Algunos han nacido allí; otros están por voluntad propia; unos pocos son aves de paso de ese clima donde los temores ancestrales del hombre se materializan inexorablemente cada año. Allí es donde el sol realmente muere; donde el disco dispensador del calor y de la vida desaparece engullido en la sempiterna noche polar, envolviéndolo todo en tinieblas heladas. Es el reino de las grandes sombras y de los gigantes mitológicos, de los eclipses de medio año. La gente que vive allí ha aprendido a hacerlo con una pulsación necesariamente más lenta, como la que acompañaría la marcha de una clepsidra congelada. Pero la luz, cuando llega, es también total, brutal, inmisericorde, impositiva. En verano, es la tierra del sol de medianoche, en que por días de días las retinas no tienen el descanso siquiera de una penumbra, en que los efectos del insomnio por una luz de veinticuatro horas diarias pueden tener consecuencias dañinas para la mente, acarreado fatiga, pero no sueño reparador.



El hombre allí es estoico por naturaleza. La paciencia no cuenta para él como virtud; es apenas una función. Todo en su vida se reduce a esperar: esperar que se derrita el hielo; esperar que vuelva el sol; esperar que cese el viento; esperar que llegue el avión; esperar que lleguen las focas; esperar que lleguen las ballenas. Para qué desesperarse 2.

Es una de las tierras más primitivas del mundo. Alguien dijo con razón que el Artico debió haber sido creado en los postreros minutos del Sexto Día, cuando Dios andaba ya escaso de tiempo para pararse en detalles, y que por ello esa parte de la tierra quedó inconclusa.

El silencio es casi total, se diría cósmico, pero de pronto se transforma en alaridos de gigantes

es el viento súbito, aullando más que cien manadas de lobos hambrientos; o son los icebergs jugando a darse de cabezazos. El paisaje diríase lunar, al no ser perturbada de algún extraviado oso polar o el bulto parduzco de algún cazador esquimal.

La primera escala del viaje fue Fort Churchill, dentro de la Bahía de Hudson, en el Atlántico Norte. Puerto utilizable apenas ochenta días al año, por él son exportados anualmente como veinte millones de "bushells" de trigo en barcos que llegan generalmente cargados de whisky escocés. Fundado en 1670 por la famosa Compañía de la Bahía de Hudson como factoría para el comercio de pieles con los indios, sus tres mil habitantes tropiezan a cada paso con consignas de precaución para los casos no demasiado raros de encontronazos con osos blancos, los reyes indiscutidos del Artico, inmensas bestias de belleza inconfiable que matan por prurito, no importa su saciedad.

**EL POLO MAGNETICO.**- En el paralelo 75 está Resolute, la ciudad más septentrional del Canadá, mera base aérea y puerto para abastecimiento de las islas adyacentes. Funciona allí una modernísima estación de radar. Las temperaturas son extremadamente frías, de hasta 60° Centígrados bajo cero. A pocas millas de distancia se localiza el Polo Norte Magnético, donde las brújulas, por efecto de la fuerza de atracción del centro de la tierra, cejan en su porfía de señalar siempre hacia el Norte, y giran sin concierto sobre su eje, completamente desorientadas.

(Continuará)